

LA SAETA

SEMANARIO ILUSTRADO

FUNDADOR, D. PEDRO MOTILBA

AÑO XII

BARCELONA 4 DE ABRIL DE 1901

NÚM. 541



—Como fondo á mi cabeza,
nada como el abanico.

Si tengo un mal pensamiento,
con el aire lo disipo.

NI UNA NI OTRA

SE llamaba Socorro.

Era una andaluza con un pelo tan negro como negros tenía los ojos.

Yo creo que el fuego que ardía en su corazón había tostado sus mejillas y el humo ennegreció su cabello y matizó sus pupilas, dejando en el centro de ellas un punto cristalino donde brillaba la encendida chispa que subía desde el pecho.

Nublado estaba el día en que la vi por primera vez asomada á su ventana, festoneada de jazmines y rosas, con la blanca mantilla, y recatándose el rostro, vestida ya para ir á los toros. Y parecióme, al verla, que de repente se rasgaron las nubes y brilló el sol.

Y tan ardientes eran los rayos que despedía, que me sentí abrasado y tuve necesidad de pedir á Socorro, que me socorriese, con un sorbo siquiera, del agua de su amor.

Pero ¡que si quieres! Socorrito me miró sonriendo, y yo creí que las puertas del cielo se abrían para mí, al entreabrirse aquellos labios rojos como la flor del granado, y suaves como el aterciopelado pétalo de la rosa.

—Perdone, hermano,— me dijo con un acento que todavía está resonando en mi oído.—Si usted quiere una gotita de esa agua, pídasela á aquel *moso varí* que *tie* usted á su *vera*. El tiene la *lla-*

vesita de este depósito, y si él quiere... pues le daré cuanta necesite para apagar su sed.

Pero ¡al momento iba yo á pedirle *ar mosito varí* que estaba á mi *vera* la llave de aquel depósito!

Le miré, y ¡válgame María Santísima!, ¡qué cara tenía *er gachó!* Con un ojo la miraba á ella y con el otro á mí. Mas el mío, es decir, el que me dirigía, no era un ojo, era un volcán en erupción; algo así como un puñado de rayos que trataran de aniquilarme. Se metió una mano en el bolsillo de la americana, y yo creí que iba á sacar una navaja para despanzurrarme.

Se me quitó la sed en seguida. Di prudentemente media vuelta y me fui separando.

El mozo sacó la mano del bolsillo, y cuando yo creía ver relucir ya la hoja de la navaja, lo que llevaba en ella era un cigarro puro, que encendió tranquilamente.

Socorro salió de su casa, se unió á él, y se alejaron sin pensar, tal vez, en mí.

—¡No, pues yo no me quedo hoy sin mujer!— me dije, lleno de despecho.

Y recordando que estaba en Sevilla Carmen Tavira, una viuda deliciosa á quien había cono-



cido en Madrid aquel invierno, que la hice el amor por todo lo alto y que me contestó con aquella gracia peculiar en las hijas de la tierra de María Santísima, aludiendo á la glacial temperatura de aquellos días:

—Pero, hijo, ¿quién puede pensar en el amor á cinco grados bajo cero? Si estuviéramos en mi país, tal vez pudiera crearle. Pero aquí, ¡si la sangre está *congeladita* y el amor necesita calor, cómo puedo hacer caso de un amante que tiritita!

Y era verdad, porque aquel día hacía un frío de dos mil demonios. No me atreví á decirle que, por lo mismo que estaba helado, necesitaba su amor para que me calentase.

Recordé, como he dicho, que estaba en Sevilla, y que no había ido á visitarla todavía.

Me encaminé á su casa, me hice anunciar, y me dijeron que iba á salir, pero que pasara ¡Qué hermosa me pareció Carmen aquel día!

Aquel bosque de cabellos rubios, nimbo de oro que rodeaba su rostro blanco y suave como el nácar; aquellos ojos azules donde, por un capricho celestial, sin duda, había querido el cielo estampar su matiz, me parecieron más bellos que nunca Puesto el sombrero para salir, calzado el guante, medio sentada en una silla, me tendió su mano sonriendo y me dijo:

—Ya creí que se había usted olvidado de mí. Sé que hace ocho días se encuentra en Sevilla, porque me lo dijeron las de Crespo.

—¡Olvidarme de usted, Carmen! Y ¿ha podido usted pensarlo? Puede olvidarse lo malo, el dolor, el infierno; pero lo dulce, lo inefable, el paraíso, si una vez se ha llegado á entrever siquiera, eso no se olvida jamás.

—Siempre galante y siempre apasionado,—repuso Carmen.—Siento tenerle que decir que iba á salir cuando usted ha llegado, y...

—Saldremos juntos, si en ello no tiene inconveniente,—contesté.—Tengo tantas cosas que decirle... Es decir, una sola; pero que es la síntesis de todas. ¿Recuerda usted que en Madrid la ofrecí mi amor y...?

—Suplico á usted que no continúe, amigo mío,—me interrumpió Carmen.—Cuando me dijo usted eso en Madrid, estábamos bajo cero...

—Pues por eso que aquí estamos sobre cero...—insistí yo.

—Es verdad; pero como el cero es una cifra sin valor alguno, tengo ya una cifra significativa puesta á la izquierda, y dentro de ocho días me caso.

.....

Confieso á ustedes que se me cayó la casa encima, como se dice vulgarmente.

Todavía está resonando en mi oído la carcajada que lanzó Carmen al ver la cara que puse. Salí de allí escapado.

En un mismo día me quedé sin una y sin otra.

El siguiente día, tomé billete para Madrid, desesperado por la mala suerte que tuve en Sevilla.

R. DEL CASTILLO.



PRIMAVERA

Primavera: juventud del año.
Juventud: primavera de la vida.

En los labios, las sonrisas;
el verde matiz del prado,
los aromas de las flores,
con el cantar de los pájaros,
y las perfumadas brisas,
y el cielo sereno y claro,
anuncian la primavera,
bella juventud del año.
Sonrisa del Padre Eterno,
al dibujarse en sus labios,
en el cielo se refleja.
Cielo y tierra, en dulce lazo,
les une aquella sonrisa;
se viste de gala el campo,
embalsámase el ambiente
con perfumes delicados,
y la mujer y la flor,
la fragancia y el encanto,
himno suavísimo entonan
á la pubertad del año.

¡Si la vida no tuviera
un invierno tan pesado!..
¡Si siempre estuviesen verdes
y perfumados los campos!..

¡Bendita la primavera,
aunque es tan fugaz su paso!
¡Bendita la juventud
en su ignorancia gozando!

R. DEL CASTILLO.



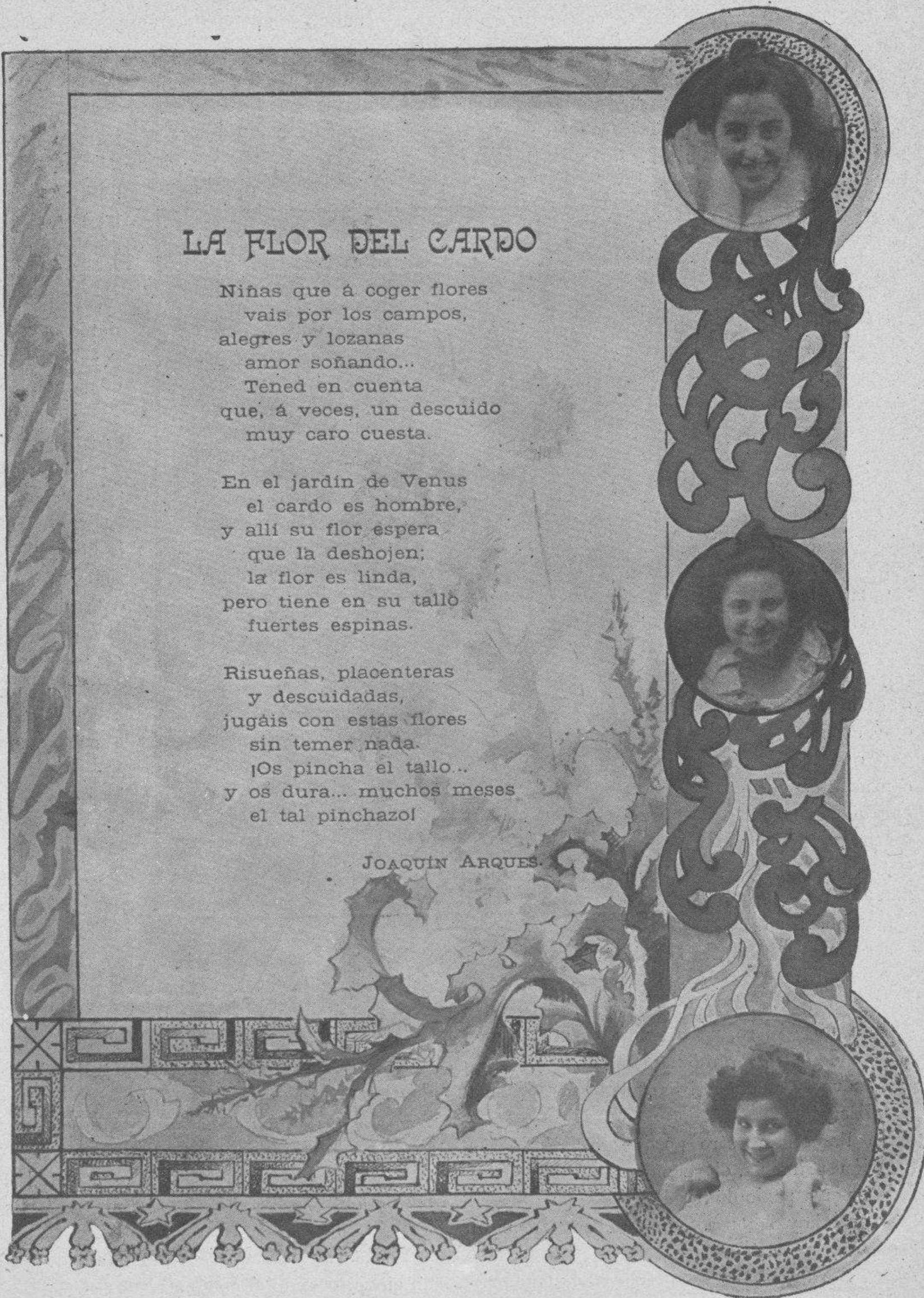
LA FLOR DEL CARDO

Niñas que á coger flores
vais por los campos,
alegres y lozanas
amor soñando..
Tened en cuenta
que, á veces, un descuido
muy caro cuesta.

En el jardín de Venus
el cardo es hombre,
y allí su flor espera
que la deshojen;
la flor es linda,
pero tiene en su tallo
fuertes espinas.

Risueñas, placenteras
y descuidadas,
jugáis con estas flores
sin temer nada.
¡Os pincha el tallo..
y os dura... muchos meses
el tal pinchazo!

JOAQUÍN ARQUES



EL MAESTRO DOMINGUEZ

Hoy encuéntrase entre nosotros el Maestro Domínguez, popular y celebrado cuentista, á quien España entera conoce y aplaude por su rara y graciosa especialidad.

Por más que á continuación copiamos algunos de sus cuentos, no podrán apreciar nuestros lectores lo más saliente de ellos, y es la entonación, el gesto y los ademanes con que el Maestro Domínguez los adereza, dando á cada personaje que presenta su verdadero color y hasta su misma cara.

Oír un cuento ó *sucedido* del Maestro y no soltar una carcajada de las espontáneas, es poco menos que imposible; y no crean ustedes que la celebridad que ha alcanzado le ha engraido como á tantos otros artistas, que llegan al estado de intratables; al contrario. El Maestro Domínguez es un viejecito tan modesto como alegre, jamás se hace rogar; es más: á veces, sin indicaciones de ningún género, se *arranca* él mismo con alguno de sus oportunos cuentos, logrando dar nuevos y amenos giros á las más intrincadas discusiones.

Le llaman Maestro porque lo fué de instrucción primaria, ejerciendo tan honrosa profesión por espacio de muchos años.

Cuenta hoy setenta y dos años y tiene un repertorio de más de siete mil cuentos, confiados únicamente á su privilegiada memoria.

Y allá van unos cuentos originales del popular Maestro Domínguez:

* * *

Fué á Madrid un paleta á sacarse una muela, y cuando se encontró en casa del dentista, le dijo éste:

—¿Quiere usted que se la saque con dolor ó sin dolor?

—Y ¿cómo es sin dolor?

—¿Ve usted este frasquito?... Contiene un líquido con el que,

frotando la encía, la deja anestesiada, ó sea insensible. Se llama *protóxido*.

—Y ¿hay que dar algo más?

—Sí, señor: diez reales.

—Bueno, pues ande usted.

El paleta abre la boca, el dentista mete la dentaza y da un tirón que le hace arrancar lágrimas de dolor al pobre paleta, que no se queja

—¡Qué! ¿Le ha dolido á usted?—pregunta el dentista.

—No, señor; na... ¿Me da usted el frasquito?

El dentista se lo da y el paleta dice, echándose unas gotas en la palma de la mano:

—¿De modo que esto no duele?

—No, señor.

Entonces el paleta suelta una bofetada al dentista, que se queda aturdido del golpe.

—¿Le ha dolido á usted?—preguntó el paleta.

—¡Ya lo creo que me ha dolido!

—No puede ser; ¡se la he dado á usted con *protóxido*!...

* * *

En la calle de Carretas, de Madrid, estaba un ciego tocando el clarinete.

Al cabo de un rato de estar pidiendo limosna en esta forma, pasa un guardia y le dice:

—¿Qué hace usted ahí?



—Tocando el clarinete.
 —¿Tiene usted licencia?
 —No, señor.
 —Pues entonces acompañeme usted.
 —¿Qué va usted á cantar?
 Y el ciego se preparó para acompañarlo con el clarinete.

*
 * *

Yo sé que en el orden moral de los delincuentes, los hay tan graciosos, que hacen chistes de sus delitos y hasta de sus defectos físicos.

No sé en qué juzgado ni en qué localidad, pero creo que fué en Andalucía, se presentó delante del juez un hombre á quien se acusaba de haber cometido un pequeño delito.

Aquel hombre tenía una cara descaradamente fea. Morena, picada de viruelas, con la boca torcida y la nariz gorda y amoratada.

Después de contemplarle, el juez, sorprendido de tanta fealdad en un hombre solo, le preguntó:

—¿Cómo se llama usted?

—José González.

—¿Qué oficio tiene?

—Modelo.

—¡Modelo!... ¿En dónde está usted de modelo?

—En una fábrica de pipas.

RECUERDOS

Yo no sé lo que siento
 cuando me acuerdo de ella ..
 que su recuerdo sólo
 mi espíritu atormenta.
 Yo quiero recordarla;
 yo quiero poseerla;
 yo quiero á todas horas
 pensar en sus ternezas,
 pensar en sus caricias,
 en las caricias esas
 que huellas indelebles
 por todas partes dejan...
 ¡Ay! ¡Cuando en ella pienso
 me lleno de tristeza!

RAFAEL F. Y ESTEBAN.

EPIGRAMA

Por los santos mandamientos
 se confesaba Amparito,
 y muy á gusto del cura
 llegaron así hasta el quinto.
 Pero entonces la muchacha
 omitió el que iba seguido,
 y del séptimo y octavo
 cuanto la pesaba dijo.
 Pero el cura, que advirtió
 el salto, sin perder ripio:
 —Hija,—interrumpió,—que saltas
 el sexto, y, según colijo,
 de él puede decirse mucho.
 —Perdón,—repuso Amparito;—
 es que cuando llego al sexto,
 siempre, padre, me extravío.

J. DE LA C.



¿Ven ustedes qué postura?
 ¿Ven ustedes cuánto vale?

Pues, nada, es una corista
 que gana catorce reales.



En el estudio del pintor

LA PERLA

BAILABA en el Liceo y me traía loco con aquellos movimientos voluptuosos. Y ella lo sabía, porque casi todas las noches se dirigía á mí con marcado interés, y me decía *la mar* de cosas con sus pies menuditos... cosas que, á pesar de estar expresadas con los

pies, me resultaban como salidas de un corazón amante.

¡Ah!...

Terminado el acto, ya tenía á mi lado una florista.

La de siempre.

—¿Camelias esta noche?— me decía, preparando las flores.

—Sí, camelias,—contestaba yo en el colmo de la idiotez amorosa.

Y las camelias, ó lo que fuera, iban á parar á manos de mi codiciada bailarina.

Así transcurrieron bastantes noches, hasta que la entrometida florista me preguntó:

—Me ha dicho la Perla, que cuáles son sus pensamientos.

—Todos,—la contesté sin titubear.

—¡Cómo!

—Claro: todos los que tú la llevas son de parte mía.

La florista sonrió al ver mi ingenuidad, y continuó:

—La Perla se refiere á los pensamientos que usted abriga respecto á ella.

Aquí me quedé un poco confuso, y no supe qué contestar.

La florista me allanó el terreno.

—¿Quiere usted hablar con ella esta noche?— me dijo, guiñándome un ojo con cierta malicia.

—Sí,—contesté en seco, como el que se decide á algo grave.

—Pues sígame usted.

Y sin esperar contestación, la florista echó adelante y yo la seguí.

Después de cruzar pasillos y más pasillos, llegamos á una puertecita pequeña, forrada de paño rojo.

Mi guía dió un golpecito, la puerta se abrió; pero, cuando yo iba á pasar, me detuvo un señor con la siguiente pregunta:

—¿Abonado?

—Como usted guste,—contesté sin saber lo que decía.

—Del proscenio principal,—dijo la florista repentinamente.

Y pasamos.

Así seguimos por otro pasillo menos alumbrado que los anteriores, hasta llegar al *camarín dorado* de la Perla.

—Puede usted pasar, caballero,—exclamó la florista.



Y empujando la puerta y después á mí, me zampó de rondón en medio del cuarto.

¡Qué momento aquél!

Lo que otro cerebro hubiera pensado en un mes, pasó ante mí en un segundo.

Aquella mujer enloquecedora me llamaba, y eso era por algo, y ese algo era que se había fijado primero en mis flores, luego en mí... ¡Oh Dios mío!... ¡Qué dicha no soñada aún... qué de placeres en perspectiva... qué de tontunas encadenadas!

Ella habló primero, y me sacó de mi *apoteosis*.

—Le dispense que no me salude, porque le veo turbado,—dijo de un modo especial.

—Sí... señora: tur... tur... eso, turbado. ¿Cómo está usted?... ¿Y eso?... ¿Cómo le va eso?...

—Ante todo, debo hacerle una pregunta: ¿es usted soltero?—me dijo, sin hacer caso de mis cumplidos.

—No, señora.

—Pues busque usted á su esposa y no haga más el mono en las butacas.

—¡Pero...!—exclamé desconcertado.

—Yo también soy casada,—siguió la bailarina.

—Pues mejor que mejor,—dije animándome.—Los dos tenemos editor responsable.

—¡Un cuerno!—gritó un hombre detrás de una cortina.

Y, sin darme lugar á explicaciones, me arrimó un puntapié que me hizo salir del cuarto como por resorte.

¡La Perla!

No sé lo que me hizo más efecto, si los dos pies de ella ó la punta de uno de su marido.

J. L. M.

PEQUEÑECES

Corriendo, no sé por dónde,
apostaron Fe y María
que una de ellas cogería
al diputado Juan Conde;
y tanto, tanto corrieron,
según manifestación
del diputado en cuestión,
que... nada, al fin le cogieron.

¡Qué cara!, dijeron todos
cuando la vieron pasar.
Y yo, más tarde, afirmaba
que dijeron la verdad.

Por muy bien que te disfraces,
sé que te han de conocer,
pues no hay antifaz que oculte
las faltas de una mujer.

Con la mujer de Serapio
creo que Pío se propasa,
y cuando alguien llama en casa
dice asustada: —¡Será... Pío!

Del gremio de apuntadores
debe de ser Pepe Loncha,
pues dice entre bastidores
que le entran fuertes sudores
cuando se arrima... á la Concha.

Juzgo será sombrerera
la prima del señor Normas,
porque me ha dicho Cabrera
que tiene muy buenas formas.

Yo nunca la había visto
y ella me dijo: —Adiós, vida.
¡Ya ves tú si seré listo
que la conocí en seguida!...

LORENZO ROLDÁN.



Lo mismo coronada
que sin corona,

me resulta esta chica
la gran persona.

LUZ Y SOMBRA

I

EN el cruce de dos caminos, elévase con coquetería una casita de paredes blancas, á las que el sol envía sus dorados rayos, para cambiar los tonos de alegría que imprimenle los reflejos de la pequeña laguna, cuando en las primeras horas del día, vese atacada por ese monstruo de fuego que se eleva sobre nosotros.

Esta vivienda la ocupa un pobre viejo, de tez curtida por el sol, y cuyas arrugas, trazadas en diversas direcciones, danle un aspecto, al par que serio, muy agradable.

Le acompaña una linda y traviesa jovencueta, cuyas miradas alumbran la tranquilidad del anciano, y cuyos bucles envidia el sol, cuando sonriente envía sus rayos sobre el hogar de paredes blancas.

Las aguas de la laguna, vense agitadas por torneados brazos y diminutas manos que oprimen y extienden algunas prendas de ropa, y aquellas gotas que ascienden sobre su lecho para volver á él, semejan perlas de vivos tonos, cuando son heridas por las miradas de la encantadora niña y los rayos del monstruo de fuego...

II

El infame que, aprovechándose de las débiles fuerzas del anciano y de la jovencueta, usurpó á ésta la honra, murió junto al pequeño lago, por la reluciente hoja que blandieran los torneados brazos y diminutas manos sobre el pecho del que creyera superiores sus fuerzas musculares.

Desde aquel día, cuando la linda muchacha arrodillase sobre la fresca hierba para comenzar su trabajo, las aguas que agitan sus brazos y producen las gotas que hería el sol para semejarlas á las perlas, hanse trocado de blancas en rojas, y las miradas de los ojos ardientes, y los rayos del monstruo de fuego, parecen avergonzados de presenciar la faena que siempre prestó alegría á la casa de paredes blancas y al viejo de tez curtida y surcada de arrugas en diferentes direcciones.

LUIS LACOSTE.

En la Alcarria vende miel.
pero no miel de panal;

ofrece la que le sobra
en sus labios de coral.

LOS DRAMAS DE FAMILIA

CUÁN hermosa y qué interesante estaba aquella noche Celedonia!

Y, sobre todo, ¡qué espiritual!

El talle esbelto y delgado, el cuello delgado y mórbido, los dedos delgados y en punta... lo demás, ídem, ídem.

Sólo así se comprende que Telesforo hubiera sacrificado su gravedad médico-quirúrgica para trabajar con ella en la Sociedad «La Lira Modernista».

Porque Celedonia era una actriz de cuerpo entero.

El teatro-alcoba estaba bajo la advocación de San Zacarías, colgado en el pasillo; porque, eso sí, la familia de *Cele* sería cursi, pero temerosa de Dios.

Aquella noche ponían *El rizo sangriento*, de López Cascajo y una cuñada suya, en seis actos, y *El sollozo delator*, en dos, del inmortal poeta y padre, á la par, de Celedonia, don Camilo Minglanilla.

Ya habrán notado los lectores que Telesforo amaba á Celedonia.

Y que era correspondido.

Y que un tal Carraspera, sastre del tercero, derecha, había tenido relaciones con *ella*, pero por encima.

Y que después concluyeron para siempre.

Aunque él la amaba todavía, porque era muy terco y había ido con buen fin.

Además, Carraspera vivía encima de *Cele*, y tenía un machete de la guerra de Cuba en la despensa y una fuente en la cocina.

Pero no adelantemos los sucesos. Volvamos á Celedonia y Telesforo, ya que los hemos dejado solos.

Aquel amor era un idilio.

—¿Me amas?—decía él.

—Sí, *Teles* mío. ¡Tu amor me enloquece!

—Júramelo con las manos puestas sobre el corazón.

—Sobre donde tú quieras.

Y juraba.

—¡Soy el más feliz de los hombres!

—¿De modo que harás *El rizo sangriento*?

—Sí, vida mía; contigo soy capaz de todo, aunque pierda la voz y se incomode Cascajo.

—Pues bien, Telesforito: trabaja también en *El sollozo*, de mi padre.

—Sea... ¡Tesoro vital!

A este extremo habían llegado las cosas.

Llegó la noche infausta.

Todos los corazones palpitaban de emoción.

Porque, ¡ay!, los convidados aquéllos eran muy sensibles y palpitaban en seguida.

Una magnífica colcha, café con leche, cerraba la puerta de la alcoba, á guisa de telón.

Detrás, los actores.

Teles, agitado y convulso; *Cele*, convulsa nada más.

Mirábanse tiernamente á intervalos.

Y suspiraban.

En el foro, la cama tapada con una estera.

Debajo de la cama... el gato.

Y la gata.

El idilio seguía.

Sonó un cornetín de llaves.

Era la señal para descorder el telón.

Iba á comenzar el drama. Se oía allá á lo lejos, en la cocina, el fragor del trueno, imitado perfectamente con una lata de petróleo.



—Van á hacer un paso á dos estas chicas, como ves.

—Pues si yo pudiera, haría con ellas un paso á tres.

La Saeta

La señora de la casa descorrió la cortina con un palo...

Y apareció Celedonia vestida de amarillo con golpes verdes en la espalda, *mayando* versos.

Estaba exponiendo la obra.

El apuntador declamaba, y ella, con trágico ademán, repetía al poco rato:

¡Antes muerta, que abadesa
mi Amador me encontrará!
¿Yo olvidarle?... ¡Ca! ¡ca! ¡ca!

Y aparecía Amador (en el mundo, Telesforo), vestido de trovador, diciendo:

Por fin su amor me confiesa
tras de desdenes prolijos...
(*Mesándose los cabellos.*)

¿Qué hay en tus labios de fresa?
¡Perlas para una abadesa
y besos para mis hijos!

(*Ella le coge una mano.*)

¡Mi pasión raya en exceso,
aunque el corazón taladre!
¿Beso?



—Soy la linda zagala
de la alquería.

La que os sirve la leche
todos los días.

Y ella, abandonando el talle y demás:

—¡Besa, besa, besa
sin que lo sepa mi padre!

Telesforo dijo muy bien todo esto, sin perder la voz ni el compás, que llevaba con la gorra; pero al ir á besar á Celedonia, se le fué la cabeza y cayó de bruces sobre un velador. (Aplausos tímidos.)

Gracias á Cascajo, que, soltando ternos cultos, salió á escena y empezó á improvisar versos, con el bastón en la mano, ante el *cadáver de Amador*, mientras Celedonia le volvía en sí mismo con mucho disimulo.

Y siguió la representación en medio de atronadores aplausos.

Celedonia y Telesforo entraron en otra escena amorosa, pero con testigos.

La corte rodeaba á la feliz pareja... y el final del acto se acercaba.

El padre de la princesa descubría el pastel y mandaba cortar la cabeza á ambos. El verdugo apareció con el hacha, y al dar el primer golpe, debía sonar un tiro que atravesaba el corazón de varios actores.

Y bajaba el telón

Pero un nuevo personaje salió, tal vez de debajo de la cama.

Traía un machete en la mano.

Los ojos inyectados en sangre, los labios lívidos, la nariz temblorosa, etc.

Todos habrán adivinado quién era el personaje del machete.

El terror se apoderó de señoras, caballeros, niños, niñas y coro de ambos sexos.

Mirándose unos á otros, exclamaron:

—¡Estamos perdidos!

Efectivamente: estaban perdidos.

El hombre del machete blandió el arma, lanzó una mirada implacable, y, mirando al techo, gritó como un energúmeno:

—¡Escolástica, quita el tapón!

Un torrente de agua bajó del techo, inundando en pocos momentos la habitación.

¿A qué describir el cuadro de desolación que siguió á esta escena pluvial?

Nuestra pluma y la de todos nuestros compañeros en la prensa se resiste á describirlo.

Hubo momentos en que el agua les llegaba á las rodillas.

Porque de rodillas se pusieron todos, implorando perdón.

Carraspera, apiadado al fin, envainó el machete y ordenó que tapasen el agujero.

Al día siguiente, un cuerpo flotaba sobre la estera de la sala.

Era un cuerpo de vestido.

¡Carraspera estaba vengado!

JOSE BRISSA.

Miscelánea

Tenemos el gusto de advertir á nuestros lectores que doña Sebastiana Sola tiene á su cargo la corresponsalia de las siguientes publicaciones: *Heraldo de Madrid, El País, El Nacional, La Lidia, La Caza Ilustrada, Arte y Letras, y Heraldo Taurino.*

Dirigirse al kiosco de la Rambla, número 3.

COCINA CÓMICA

Ensalada fresca

Coges dos lechugas
ó tres, las que quieras,
algunos tomates
y cebollas tiernas,
limón, alcachofas,
vinagre, pimienta,
sal, aceite crudo,
pimientos, manteca,
papel de colores
y agua de violetas.
Todo lo remueves
con unas tijeras;
al balcón te sales
con la ensaladera,
le das de repente
tres ó cuatro vueltas,
la tiras... y entonces
te quedas tan fresca.

J. A.

LA «SACARINA», el «Salol» y el «Acido salicilico» que contiene un dentífrico alemán, son absolutamente nocivos al esmalte dentario y uno de ellos expuesto á envenenamientos. El *Licor del Polo* carece de substancias tan perjudiciales y se compone solamente de vegetales, todos ellos completamente saludables y eficacísimos para los dientes y encías, á los que conserva sanos y entonadas.

Un norteamericano que quería fumar bien, gastando poco, compró trescientos cigarrros puros de á dos pesetas y los aseguró en una Compañía contra incendios.

Se los fumó tranquilamente y exigió á la Compañía el importe del seguro, diciendo que los cigarrros habían sido destruídos por el fuego.

El asunto fué llevado á los tribunales y la sentencia fué favorable al demandante.

Este se felicitaba por su travesura; pero no pararon aquí las cosas. En efecto: la Compañía persiguió, á su vez, al fumador por haber incendiado intencionadamente un objeto asegurado.

El tribunal condenó entonces al travieso fumador á dos meses de prisión.

En un examen:

Uno de los catedráticos hace una pregunta al alumno y éste no abre la boca.

—¿Le preocupa á usted mi pregunta?—dice el profesor.

—No, señor.

—¿Pues entonces...?

—Me preocupa la respuesta.

La vejez es el infierno de las mujeres, decía frecuentemente La Rochefoucauld.

Charada

¡Oh tú, la *cuarta segunda*;
la de hermosa *prima tres*;
la que no ha *segundu prima*;
la que un baño de placer
toma en la *tercia* y la *cuarta*;
la que embelesa de pie
y arrebatada en *prima dos*;
la que encontré, por mi bien,
una tarde, encaramada
sobre un árbol, y dudé,
al verte en la *tres segunda*,
si eras pájaro ó mujer,
encantándome tus juegos!
Por mi amor, respóndeme:
¿A quién de los dos prefieres?
¿A mí, que te adoro fiel,
ó, inconstante y veleidosa,
á mi *todo*, el de Almadén?

C.

Tarjeta

Elena Cristóbal Trezed

PEGO

Formar con estas letras debidamente combinadas, el título de un famoso drama castellano y el nombre y apellidos de su autor.

ANTONIA PRADO.

Acróstico

```

* * * * *
* * * * *
* * * * *
* * * * *
* * * * *
    
```

Substituir las estrellas por letras, de modo que en las líneas horizontales se lean nombres de varón, y en la línea vertical del centro un semanario.

PEDRO J. GUILLEM.

Cuadrado

```

* * * *
* * * *
* * * *
* * * *
    
```

Substituir las estrellitas por letras de manera que, leyendo horizontal y verticalmente, resulte: 1.º, nombre de varón; 2.º, verbo; 3.º, edificio; y 4.º, verbo.

F. MOTOS DÍAZ.

Fuga de vocales

(Para Nicolás)

. l. V.rg.n l. h. .fr.c.d.,
 c.m. t. q..r.r n. .lc.nc.,
 .rr.nc.rm. .l c.r.z.n
 p.r. n. q..r.r . n.d...

.L.N.

Soluciones á lo insertado en el núm. 540

CHARADA.—Loreto.

TARJETA.—España en París.

ROMBO:

```

      O
    O K O
  O R E J A
    O J O
      A
    
```

Correspondencia

F. C. H.—Figueras.—Oportunamente se publicará el trabajo remitido.

F. M.—Zaragoza.—Recibida su carta abierta. Creo que hará usted muy bien en encerrarla bajo un sobre y remitírsela al señor ministro de Hacienda.

J. S.—Mas ingrata que esa otra á quien usted dirige sus versos, se ha mostrado, por lo visto, la musa con usted, porque, vamos, las poesías remitidas no pueden ir, amigo mío. Estudie usted, aprenda, y después hablemos.

Establecimiento tipográfico de B. Baseda, Villarroel, 17 —Barcelona

J. C.—Barcelona.—Sus «Pasatiempos» irán publicándose se conforme lo permita el espacio que quede en el semanario.

A. S. C.—Valencia.—En esta Redacción no existen otros trabajos de usted que los últimamente recibidos, y que se irán publicando oportunamente.

J. R. L.—Se han recibido sus charadas y se publicarán.

Don Tancredo.—¿Y la solución de su charada?

J. de A.—Ferrol.—Su «Confesión» empieza bien; pero el final ya no es aceptable. Envíe otro trabajo en mejores condiciones y se insertará.

UNA BOCA ESMALTADA de dientes limpios y sanos, constituyen el bouquet de la hermosura, sostenida por el Licor del Polo. Esto es obvio para toda señorita. 6 rs. frasco.

J. V.—Valencia.—Sin duda ha padecido usted un error al decir que nos enviaba un soneto, porque el trabajo recibido no es nada de eso.

K. D. Tito.—Toledo.—Se ha publicado, como ha visto, la «Letrilla». Los demás carecen de condiciones. Como puede usted hacer algo mejor, trabaje y envíe lo que guste.

Mandinga.—Zaragoza.—Se publicará lo que ha remitido.

L. G. R.—Badajoz.—Sus «Rápidas» se insertarán también rápidamente.

R. S. de I.—«Desnudeces» me agrada también. Ya las verá publicadas.

J. V. Ch.—Como era de «noche» cuando escribió el «Soneto», y sin duda debía usted tener sueño, equivocó los versos y resultó... cualquier cosa.

G. H.—Ávila.—Sus versos hay que hacerlos nuevos. No tienen corrección posible.

E. M.—Barcelona.—Nos ha parecido su artículo muy regular; pero la índole de LA SAETA no permite esa clase de trabajos. Es un periódico cómico-satirico y nada más.

V. S.—Tortosa.—El artículo a que usted se refiere en su última, no se ha recibido sin duda, pues no se ha encontrado en esta Administración.

Prohibida la reproducción de los originales de este número

LA SAETA

SEMANARIO ILUSTRADO

Toda la correspondencia al Administrador D. ROMÁN GIL

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN, BALMES, 86

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

España y Portugal, semestre. 6 pesetas.
 Año. 11 »
 Extranjero y Ultramar, un año. 17 »

Número corriente, 20 céntimos.

Número atrasado, 30 céntimos.

No se admiten suscripciones por menos de seis meses. Las suscripciones empiezan el primero de cada mes.—Pago adelantado.



Inofensivo, suprime el Copáiba, la Cubeba y las inyecciones. Cura los flujos en

48 HORAS

Muy eficaz en las enfermedades de la vejiga; Cistitis del cuello, Catarro de la vejiga, Hematuria. Cada Cápsula lleva el nombre MIDY

PARIS, 8, rue Vivienne, y en las principales Farmacias.

Gruesas lágrimas se deslizaron por las mejillas de Antonieta, y le dijo, enjugándose los ojos: —Sin embargo, Bautista, haces mal en hablar así de tu abuelo.

—Ni yo le quiero, ni nadie tampoco, porque es más avaro que la avaricia y detesta á mi madre; pero ella le paga en la misma moneda. ¡El diablo me lleva cuando pienso que por Navidad hará dos años que no baja al molino!

—Y ¿por qué?

—Porque aquella Nochebuena nos comimos un pavo. Pero ¿lloras todavía? No llores más, Antonieta; te lo pido por Dios. Sé razonable, que no se quedará con vuestra alquería, porque aun no te lo he dicho todo,—añadió el molinero, sonriéndose.—El padre Cretu se está muriendo, ¿entiendes?, y hace dos horas que ha perdido el conocimiento. Ya verás: estaba en la puerta del molino esperando que Belamí hubiese acabado de picar la piedra, cuando vi á la vieja Verónica que llegó corriendo á nuestra casa. «Ven pronto, que tu abuelo se muere», me gritó, jadeando; y volvió á marcharse como una exhalación. Cuando entré en su casa le llamé varias veces, diciéndole: ¡eh, padre Cretu!; pero ¡quia!, ni tampoco dijo agua; respiraba como si fuese á ahogarse, y me miraba fijamente como un ga'o. Quise incorporarle en la cama; pero se volvió siempre hacia el lado de la pared. Entonces distinguí bajo la almohada estas alhajas, que conozco, y me las guardé vivamente en la gorra para traértelas. Esto no es robar; porque todo lo que tiene será mío esta noche ó mañana por la mañana.

—No, Bautista, no,—se apresuró á decir Antonieta, devolviéndoselas.—Y mi pobre madre,—añadió suspirando,—todo eso me lo había ocultado. Anda, anda, ponlas donde estaban, porque recuerdo muy bien que hay un refrán que dice que «lo mal ganado se lo lleva el diablo», y si quieres casarte conmigo, eso podría traernos algún mal.

Y en vano fué que Bautista insistiera, porque la normanda, persistiendo en su negativa, le obligó á recoger las alhajas.

Todavía continuaron hablando algunos minutos más, procurando Bautista poner sus labios en las robustas mejillas de la molinera, que se defendía valerosamente, hasta que, por fin, recogió los dos cántaros de leche y echó á correr, dejando á Bautista con más ganas de besar que había empezado.

—¡Hermosa muchacha!—dijo Daniel.

—Y tan honrada como valiente,—repuso Gay.—Pero, de todas maneras, son éstos unos juegos muy peligrosos; porque, como dice muy bien el señor cura, muchas veces tras de la cruz suele estar el diablo.

Iba á replicar Daniel, cuando una voz sonora que salía del molino, gritó lentamente:

—¡Paincuit, Paincuit!

—¿Qué quiere decir eso?—preguntó Daniel, sorprendido.

—Es el apodo que le han puesto en el país á Bautista (1), aludiendo á lo muy rico que es, y que esa riqueza no le ha costado trabajo ninguno adquirirla.

—De manera que él es tan rico.

—¡Muchísimo! El padre Cretu lo es de una manera fabulosa, y el muchacho es su único heredero.

—Y ¿quién era el que le llamaba?

—Belamí, el guarda del molino. Conque, vamos, vamos, entremos un momento á descansar, hasta que vengan vuestros compañeros.

II

La negativa

Casi al terminar Gay las últimas palabras, habían llegado á la puerta del molino.

Daniel apoyó la mano en el pestillo de la puerta, cuando ésta se abrió violentamente, y una chicuela de unos doce años, desgredada, llorosa, apareció en ella corriendo y gritando al mismo tiempo, de tal modo, que el poeta creyó que se iba á estrellar y quiso detenerla.

(Continuará.)

M. ASSARDON.

(1) Paincuit quiere decir pan cocido, y alude, en este caso, como decía Gay, á que aquel pan no le había costado trabajo el cocerlo





20 cènts.

Núm. 542

UNA PARTIDA DE CAZA

(CONTINUACIÓN)

Pero tras de la criatura apareció una pierna carnosa, deforme, encerrada en una media azul y alzada en actitud de dar un soberbio puntapié, que no alcanzó á la niña, pero que en cambio estuvo á punto de derribar al poeta si no retrocede tan á tiempo.

Un instante después, mostróse la propietaria de aquella pierna, que era una mujer de unos cincuenta años, gorda, coloradota, cubierta la cabeza con un gorro enorme y armada de una escoba.

Al ver la molinera á Daniel, comprendiendo el exabrupto que podía haber cometido, sonrojóse de vergüenza y se quedó inmóvil junto á la puerta, dando toda clase de excusas al joven.

—Disimulad, caballero,—decía riendo la molinera.—Esa tonta de Baby ha tenido la culpa. Consiguí irritarme con sus llantos y con sus gritos porque estamos matando el cerdo que ella acostumbraba á llevar al campo. Y no ha habido otro remedio, porque ya se habían agotado nuestras provisiones y era preciso renovarlas.

En este instante penetró en la sala una mujer anciana, á cuya vista exclamó la molinera, cambiando de entonación:

—¿Qué hay, Verónica? ¿Está mejor el padre Cretu?

—¡Ha muerto!—contestó la interrogada, dejándose caer sobre una silla.

—¿Qué dices! ¿Estás bien segura?

—Sí, señora.

La molinera se acercó á una escalerilla y gritó:

—¡Belamí! Ve corriendo á buscar al médico.

El guarda del molino, pues él era á quien se dirigía la molinera, apareció bien pronto en la sala, diciendo:

—Yo no puedo ir á buscar al médico. Ya sabéis que yo no estoy bien con él.

—Está bien. Entonces que venga Bautista.

—No está en el molino,—repuso secamente Belamí.—Ha ido á buscar al albéitar para...

—Te equivocas, Belamí,—repuso Verónica;—está en casa de su abuelo con el señor cura.

—Es verdad, madre Cretu, es verdad; porque acabo de ver á Bautista en casa del difunto, de donde salgo ahora mismo,—dijo en alta voz un hombre grueso y de común apariencia, cubierto con un frac negro muy raído y abrochado hasta la barba.

Su mirada era vaga, su marcha tan incierta como la de un niño que empieza á andar, y mientras buscaba dónde sentarse, hacía resonar su lengua como si tuviese la boca seca.

—Escuchad, señor Mouflet,—le contestó la molinera en alta voz y coloreándose de rabia.—Si sois alguacil, yo soy molinera; y, hasta el día, tan sólo un chico que se llama Bautista es el que tiene derecho de decirme madre Cretu, ¿me entendéis?

—¡Os pido mil perdones, señora!—repuso el recién venido, con acento menos familiar y más templado, apoyándose al mismo tiempo en la mesa para tenerse en pie.—Pero debo deciros que, según las órdenes de vuestro suegro, mi amanuense estará colocando en este momento en la puerta y en los muros de la posesión que sabéis, los carteles que anuncian la venta de los ganados, los guanos, el follaje y los instrumentos de explotación que componen el material de dicha alquería, y además las tierras que le pertenecen. Pero, por lo que veo, debo daros el pésame, porque,—añadió suspirando,—tal vez vuestras intenciones no sean las mismas en lo que concierne á dicho asunto. Cretu, mi amigo Cretu, no pensaba de ese modo; pues yo conocía perfectamente sus pensamientos y sus deseos.

—Desengañaos, señor Mouflet,—repuso la molinera con acento más templado;—seguiremos las intenciones del difunto, y la alquería se venderá. Pero, señor Mouflet,—le dijo con una sonrisa que era casi agradable,—¿queréis refrescar? Porque hace calor aún.

—Mil gracias, señora,—repuso el alguacil con acento galante;—os confieso que tengo más hambre que sed.